

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, BARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que vayan dándonos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

1.º primer año de matrimonio, por Angela Grassi.—La familia orléana, por P. de B.—La virtud y la hermosura, poesia por Luisa Escudero.—Leontina, por Matilde Bourdon.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA

CONTINUACION.)

Sobre lo que debe estenderse la economía, es á cuidar de que no se gaste mas de lo regular, aunque este gasto se reduzca al valor de dos cuartos: en primer lugar, porque de lo que se tira se aprovecha el diablo, como se dice vulgarmente, y luego, porque dos cuartos al día, hacen al mes siete reales, y con siete reales se puede comprar un par de zapatos para el que esté descalzo.

Es muy comun decir, por «cuatro, por ocho reales. Ya se sabe donde van á parar ocho reales!» Pero los que hablan así, y los gastan sin remordimientos en cosas inútiles, es porque no apuntan sus gastos, y no forman al cabo del año su balance, pues de lo contrario, sumarian todas las veces que han pronunciado estas palabras, y verian que ascienden á un total considerable, mientras la utilidad se reduce á cero.

Sin embargo, ya te he dicho que yo considero como un deber el proporcionar á mi familia todos aquellos placeres razonables que estén á nuestro alcance. Así, pues, las economías de que antes te he hablado las reservo para añadir un principio los domingos ó días marcados, para sorprenderla con un plato de dulce, que yo misma confecciono, ó con la primera fruta que se presenta en la plaza.

No puedes figurarte cuán agradable son para la familia estos pequeños obsequios, estas delicadas atenciones, saboreadas con tanto mayor placer, cuanto ha habido alguna privación durante la semana, y ¡cuanto goza el ama de

la casa con la sorpresa y la satisfaccion que ve brillar en todos los semblantes.

Por medio de mi libro, sé ademas cuales son los principios mas baratos, y cuáles he puesto mas recientemente para poder variarlos, porque de la variedad, Enriqueta, dependen casi todos los placeres de la mesa. Los que salen mas caros, no los pongo, supongamos, sino dos veces al mes, dejando trascurrir algunos dias entre uno y otro; porque por caro que sea, el aumento de gasto producido por dos veces al mes, nunca puede ser excesivo al cabo del año, mientras si fuera diario seria insoportable.

El gasto diario, Enriqueta, es el que arruina las familias.

El que un dia tengas un capricho, puede afectar al arreglo y al buen gobierno, pero nunca producir desastrosos resultados. Hay un axioma latino que dice: «La gota de agua que cae incesantemente sobre una piedra acaba por taladrarla, mientras el aguacero, por fuerte que sea, no deja sobre su superficie ni la mas ligera huella.»

Hay familias que viven bien con poco, y otras mal con mucho.

El secreto estriba en hacer una juiciosa distribucion de los fondos; en contar siempre con las eventualidades; en no permitirnos mas caprichos ni placeres que los que estamos en estado de satisfacer, y estos distribuyendolos de tal modo y con tanto tino, que nos hagan agradable la existencia; y sobre todo, en abstenernos de esos mil gastos, insignificantes si se quiere, pero que ni son motivados por la absoluta necesidad, ni tienen lucimiento, y en no desperdiciar nada, porque la cosa mas mínima tiene su valor real y positivo, y su útil aplicacion mas tarde ó mas temprano.

XVIII.

La abuela prosiguió interrumpiéndose bruscamente.

—A propósito de esto, Enriqueta, he visto que sonreías esta mañana cuando ajustaba la

cuenta á Ruperta, y hace poco cuando se la ajustaba á Susana.

Yo me puse encendida.

—Sonreías, repuso, porque ignorabas cuanto te acabo de decir, pero mis criados, aunque no tienen instruccion, adivinan esta anecdotita, que yo he leído muchas veces en mi infancia y que voy á referirte ahora para que no la olvides nunca.

«La duquesa de Kingston poseia una fortuna inmensa, y sin embargo ella era la que ajustaba las cuentas del gasto de su casa con mucha escrupulosidad, tanto que reparaba hasta en dos cuartos de peregil. Un dia, su mayordomo la indicó que le parecia indecoroso para una persona de su clase el ocuparse de unos pormenores tan minuciosos. La duquesa se sonrió, y continuó siempre obrando del mismo modo.

Poco tiempo despues, el mayordomo tuvo precision de dejarla, y habiendo experimentado muchas desgracias, se vió reducido á la mayor miseria.

Súpolo la duquesa, y al instante le envió una cantidad muy considerable, acompañada de una esquelita concebida en estos términos,

(Continuará.)

Angela Grassi.

LA FAMILIA CRISTIANA.

En vano buscaremos en los diversos sistemas políticos á que se somete la sociedad actual, la causa de su lamentable decadencia, de su triste empobrecimiento. En vano culparemos á la rápida sucesion de ideas, que lleva su chispa eléctrica á las masas, ni á la sed de ciencias, de novedades, de progreso, que es el distintivo de la presente generacion.

Todo esto es un efecto natural de otra causa mas importante, pero no la causa misma. Es el reflejo, digámoslo así, pero no la luz.

Esta hay que buscarla, no en la sociedad, caudalosa corriente de la vida, sino en el nacimiento de esa corriente, en el manantial de que brota: en el hogar, en la familia, en la educacion.

En ese pequeño centro, que es una reduccion de la sociedad, se encuentran en su gérmen invisible cuantas virtudes y cuantos vicios pueden elevar ó envilecer una raza. Y no es preciso para analizarlos un detenido estudio, ni un gran conocimiento de las pasiones humanas, adquirido en la historia del mundo.

Basta una mirada, por más que sea sencilla y rápida para conocer que puede esperarse, de uno de esos troncos á que llaman familia, del cual brotan las ramas sociales.

El estudio de un hogar, por humilde que éste sea, lo dice todo,

Si encontramos en él la idea puramente cristiana, el lazo del amor de Dios uniendo todos los corazones que á su sombra palpitan, la esperanza de la recompensa divina como un aura del Cielo que desvanece las penalidades de la vida, entonces podemos detenernos sin temor en observarle.

Allí son comprendidos y cumplidos todos los deberes; allí hay un lugar señalado de antemano para cada uno de los individuos de que esa familia se compone: lugar que no se cambia ni se olvida, porque la vida está basada en el cumplimiento de esas sagradas leyes.

La autoridad dulce y severa del padre; la obediencia respetuosa y natural del hijo; el amor infinito, purísimo, de la madre y la esposa, no son sentimientos mal aprendidos, que un soplo de orgullo, de egoísmo ó de soberbia puede desvanecer: son sentimientos innatos en el alma, arraigados en el corazón por el convencimiento, por el ejemplo, por la más santa de las costumbres, por la costumbre del bien.

Allí no hay confusion, no puede haberla; es una república santificada en su principio, en la cual Dios mismo ha trazado á cada ser su diverso destino.

Es una ley acatada y venerada; es un deber cumplido con la santa alegría de la virtud. Desde que la vida brota en el hogar cristiano hasta que esa misma vida se confunde en la corriente pública, hay en la educacion de esa familia, que sin esfuerzo se transmite á sus vástagos, tales gérmenes de virtud, tal claridad en la comprension del deber, tan profundo conocimiento de lo que éste prescribe, que no hay que temer lo olvide el hombre que ha bebido en esas puras fuentes las primeras nociones de la razon y el derecho. Siguiéndole en sociedad le veréis siempre leal y sincero; le veréis magnánimo y generoso, justo y fuerte, porque todas esas grandes virtudes no se aprenden con la experiencia propia: se heredan por medio de la educacion de nuestros padres.

Pero desgraciadamente nos hemos olvidado de ello; el hogar de hoy apenas guarda una sombra del

hogar cristiano en que nacian héroes y santos, nobles patricios y dignos ciudadanos.

El hogar es hoy, no el centro del amor, de la fé, del deber para la familia, sino una especie de lugar del descanso para cada una de las personas que la forman, al cual concurren lo estrictamente necesario para satisfacer las necesidades materiales de la vida.

En el hogar moderno—hablamos de la generalidad, pues bien sabemos que hoy, como siempre, la religion y la virtud se ocultan en muchos corazones,—todos los lazos están rotos, todos los deberes olvidados.

La familia está desunida.

Aquel dulce calor que era el foco del amor del alma, el cual se extendia en suaves oleadas desde el centro á la orilla, es decir, desde el jefe natural de la casa, hasta el último y más miserable de los criados, se ha extinguido; hoy la obediencia de todos no secunda á una sola voluntad; hoy cada ser se erige en dueño de su corazón y sus acciones; la obediencia, ese aprendizaje suave que parece acostumbrarnos á dominar nuestras pasiones, es tenida como una humillación; la inocencia es necedad; la humildad para un poder superior, es envilecimiento.

Y esto es una consecuencia natural de la educacion moderna, y de los ejemplos en que la generacion que nace se forma.

Al quitar á todas las acciones del niño, del joven y del hombre, esa sombra sagrada de conformidad á una ley divina, ese molde inmaterial y purísimo á que han de ajustarse, según los preceptos religiosos; al desenvolver de los velos de castidad moral en que la familia cristiana envuelve el pensamiento, esa idea naciente, primera chispa en que se revela la llama de la pasion que oculta alienta en el alma, ya no hay que esperar ni de ese corazón ni de esa inteligencia grandes virtudes ni abnegaciones sublimes; como no podemos esperar pureza de la corriente que trocando su curso al formar un nuevo cauce, arrastra el cieno á su paso.

Ese abandono de preceptos religiosos, de máximas puras, de ejemplos de virtud, traen la confusion para el espíritu, el endurecimiento para el corazón la indiferencia para el alma.

La familia cristiana es la esperanza de las sociedades, porque sólo de ella puede esperarse elevacion y grandeza. Ese hogar, al parecer tan humilde, tan olvidado, es el filon escondido que puede ofrecer los tesoros de la virtud y el honor á la sociedad en que se oculta. Ese hogar puede ser, y lo es sin duda, el centro del verdadero progreso, de ese progreso que es la aspiracion de lo perfecto por medio de lo bueno; puede ser el manantial nuevo que, brotando en la soledad, extiende sus aguas puras para fertilizar y hacer floreciente ese desierto en que su corriente

se desarrolla. Ese hogar que recibe de la sociedad la consideracion y el respeto, devuelve á esa misma sociedad, centuplicados, estos favores, pues la familia religiosa, la que forma con sus costumbres el ejemplo y el modelo de la gran familia social, es para los sentimientos de honor y virtud una especie de depósito en que vemos crecer y formarse la idea cuyo gérmen se depositó en ella. La familia cristiana es la expresion más bella del progreso humano, tal como la razon y el corazon la comprenden.

Al quejarnos del desnivel en los poderes; de la aventurada impresion de ilusorios deseos; de la loca agitacion de sensaciones violentas; de la frialdad en las virtudes y la indiferencia en todo cuanto hoy corrompe en la vida social nuestras costumbres, nuestras creencias y nuestra fé, no busquemos la causa en las agitaciones politicas, en la variedad de sistemas, ni en la práctica de las modernas ideas; busquémosla sólo en el hogar doméstico; busquémosla en el sentimiento religioso, casi extinguido.

Nuestra familia actual, en su generalidad, más que la concepcion cristiana, recuerda, la del paganismo.

Aquel cuadro de belleza sublime que Dios trazó como centro de la vida, está alterado, confundido, olvidado casi del todo por los que en él debieran sostener sus derechos á la felicidad de sus corazones.

Esta es la única causa de los males que á la sociedad afligen, y á esta causa debe consagrarse una atencion preferente.

Purifiquense las costumbres allí donde nacen; santifiquense la vida allí donde brota, y la sociedad se habrá regenerado. Creemos, sobre las ruinas del indiferentismo moderna la familia cristiana; venzamos con la virtud á esos paganos del dios Yo, que pretenden arrebatar nos nuestras santas creencias; y el día en que el hogar vuelva á ser el santuario de la religion en su relacion sublime con la familia, podremos descansar tranquilos, porque al regenerarse la familia, la sociedad quedará regenerada.

P. DE B.

LA VIRTUD Y LA HERMOSURA.

En una vasta llanura
se encontraron frente á frente
la virtud resplandeciente
con la donosa hermosura,

Ya que aquí sola nos vemos
dijo la hermosura ahora
vamos á saber, Señora,
cual de las dos mas valemos.

Yo por mí deciros puedo
que por doquiera que voy
asombro del mundo soy
y siempre envidiada quedo.

Yo presto á la juventud
mil encantos seductores,
mas huyo de los dolores,
del pesar y la inquietud.

Jamás con la ancianidad
lograron verme reunida,
pues me cansan en seguida
los achaques de la edad.

Y sin embargo doquiera
soy de todos deseada,
y por todos celebrada
cuando en galano á cualquiera.

Que es mi imperio sin segundo
doquiera que me presento,
pues me aclaman al momento
como á la reina del mundo.

Decidme, pues, vos ahora,
si es que os dignais responder
si acaso vuestro valer
igual al mio, Señora?

Así la dijo altanera,
pero al verse interpelada
la virtud grave y pausada,
respondió de esta manera:

—Por sí sola la hermosura,
decid, ¿qué valor tendría?
sin mí, de fijo sería,
solo una hermosa locura.

Yo por doquiera camino,
marcho siempre recatada,
y á mí no me arredra nada,
que hacer bien es mi destino.

Yo á la jóven afligida
la tiendo amorosa mano
y el enfermó y el anciano
en mí tienen acogida.

Yo soy honor y bondad,
modestia y resignacion,
soy valor y abnegacion,
soy prudencia y caridad,

Llevo la dicha y quietud
al que obtiene mi favor
que nada tiene el va'or
que merece la virtud.

Y el que en verdad virtud tiene
en esta azarosa vida
la ventura apetecida
por ella en el cielo obtiene.

Decididme, pues, ahora vos
si aun me quereis replicar
si habrá quien pueda dudar
cual vale más de las dos?

Así la virtud habló
con voz dulce y reposada,
mas la hermosura cortada
nada más la replicó,

Pues tuvo que conocer
que aunque valga la hermosura
la virtud hermosa y pura
es la que dá más valor.

Por eso, niñas queridas,
si pretendéis ser dichosas
no porque os juzgueis hermosas
os pongais envanecidas.

Haced mas bien resaltar
con la virtud seductora
la belleza encantadora
que el cielo os pudiera dar,

Pues la virtud solamente
vá de la ventura en pos,
que al virtuoso dá Dios
la dicha mas refulgente.

Y el que la ama con anhelo
disfruta ventura y calma
que ella sola puede al alma
abrir las puertas del cielo.

LUISA ESCUDERO.

LEONTINA.

POR

MATILDE BOURDON.

(Continuacion.)

—Y yo le doy las gracias por ello, replicó la jóven, devolviéndole sus caricias.

—La víspera de tu boda te mandaré mi pequeño recuerdo; entre tanto ahí tienes este.

Dióle un tomo elegantemente encuadernado de terciopelo violeta: era el *Manual del cristiano*, conteniendo los Salmos, el Nuevo Testamento y la *Imitacion de Cristo*.

—He tenido muchos disgustos, Leontina; este libro me ha enseñado á sobrellevarlos, y á no llorar como quien ha perdido la esperanza. ¡Sea tu amigo como ha sido el mío!

Leontina estaba enternecida.

—Tia, se lo contaré todo; ya sabrá V. mis conquistas sobre el alma de René...

—¡Hija mía! temo no poder asistir á tu victoria; pero me encamino á un país donde es permitido rogar por las personas queridas, y yo no te olvidaré!

II.

El viaje de boda.

Como una voz cuyo eco resuena por mucho tiempo en nuestros oídos, como una copla cuya rima acude con frecuencia á nuestra memoria, las palabras serias de la Sra. Delangle se presentaron á menudo al recuerdo de Leontina en medio de las preocupaciones de su espíritu agitado por las fiestas, las visitas, los preparativos de boda, y entre las emociones de su corazón exaltado por el primer amor. Pero unas impresiones tan vivas y tan amenas no podían menos que borrar poco á poco aquel grave pensamiento, y mucho fué quizás haberle conservado por algunos días. Aunque estaba rodeada de buenas y excelentes personas, aunque su padre era en

toda la extensión de la palabra un hombre honrado, su madre una mujer de bien, todos sus parientes, en fin, gente sensata y de buen carácter; á pesar de todo esto no había en toda la familia una sola persona que se ocupase de los intereses espirituales, pues ¿á quién se hubiera ocurrido hablar del alma, de la salvación y de la eternidad, estando en vísperas de una tan linda boda?

También Leontina concluyó por no pensar más en los asuntos del alma. ¡Los que preceden á un casamiento tienen tanta seducción para una joven! La asiduidad del novio, la solicitud de la familia, los regalos, los aderezos; todo contribuye á fascinar unos ojos de pocos años y á transportar una imaginación ardiente y ligera. Unicamente los capítulos matrimoniales con sus formas graves, y la triste palabra *fallecimiento* repetida en cada página, vienen á arrojar un poco de polvo sobre esas flores, á introducir una imagen sombría en este prisma deslumbra-dor. La misma Iglesia al señalarnos los sagrados deberes del matrimonio, nos habla también de felicidad, siendo un poderoso atractivo para ciertas almas este lazo eterno que empieza en la tierra y debe completarse en el cielo.

Nuestra joven sintió también esta benéfica influencia; leyó conmovida las hermosas oraciones de los desposorios; escuchó con deleite espiritual los votos que la Iglesia, tierna madre, hace en este acto por sus hijos, especialmente por la mujer, la cual, siendo débil y delicada, tiene mayor necesidad de su amorosa protección. Leontina recibió la bendición sacerdotal, aceptando con emoción aquel yugo de paz, prometiendo á su esposo el amor de Raquel y la felicidad de Rebeca.

Una lágrima de ternura cayó sobre su libro cuando leyó las oraciones por la felicidad de los esposos en la vejez... Pero el mundo puede compararse al crisol de un químico donde se evaporan las sustancias delicadas: los sentimientos de piedad no resisten al oleaje del mundo, si por acaso se pierde de vista el verdadero norte; la voz divina va perdiendo cada vez más su intensidad en medio del tumulto. Leontina, á su vuelta de la iglesia, en medio de los agasajos, de las felicitaciones, de las caricias y de las fiestas empezó á distraerse.

Los nuevos esposos partieron el día siguiente para Suiza. Este viaje de boda, que es, puede decirse, el tema obligado de nuestros días, viene á simbolizar prácticamente aquellas palabras de la Escritura: *La mujer dejará á su padre y á su madre para seguir al marido*. Leontina dejó la casa paterna, los recuerdos de su in-

fancia, sus padres, quienes traen á su memoria aquellos días en que jugueteaba sobre sus rodillas; marcha sola con un hombre, ayer casi desconocido, hacia unos países también desconocidos, riueños unos, tristes otros. La vida empieza para esta joven: ya no hay á su alrededor la vigilancia de la madre, ese ser incomparable que á todo atiende, que todo lo prevé, que todo lo dispone: ahora piensa sola, decide sola, obra sola. ¡Feliz ella, si en el compañero de viaje ha encontrado algo de la tierna solicitud de la madre!

Leontina no tuvo motivos para quejarse de su compañero: amábala, y esto lo hizo tratable y llano á pesar de su natural bastante irascible; condescendiendo á pesar de su apego á los propios gustos y comodidades; sensible aun á los encantos de la naturaleza, no obstante haber preferido hasta entonces las bugías del salón, el gas del club á la claridad de las estrellas, las decoraciones de la ópera á las bellezas de la campiña.

La recién casada se entregaba á su dicha con expansión. El solaz de la casa paterna le pareció muy monótono comparado con ese viaje que era para ella una fiesta continuada; el cariño de su madre y de sus hermanitos, algo frío al lado de los obsequios de René, creyendo que ya no podría vivir sin aquellas emociones de la vista y del corazón que la tenían encantada.

Para conservar el recuerdo de aquellos días felices escribía secretamente algunas notas en su álbum, algunos croquis trazados con rapidez, algunas tonadillas y aires campesinos cogidos al vuelo, y que había ensayado poner en música...

«Berna.

«¡Estamos ya en Berna! ¡tan lejos de París! Esto es un sueño. Estoy viendo estas casas antiguas rematadas en punta en forma de piña, estas galerías cubiertas que preservan al pasajero de la lluvia, estas mujeres cuyo peinado es parecido á las alas del murciélago; contemplo esas montañas que desde lejos se ven como blancas nubes, inmóviles en el cielo, y de este modo me convenzo de que realmente estoy de viaje y lejos de París... ¿Que hacen ahora en la calle de San Lázaro? Mamá arregla las cuentas del día, papá lee el diario, Valeria estudia en el piano y Luis busca nombres en el diccionario latino; mamá se interrumpe de vez en cuando, su pluma queda suspendida sobre el papel, y dice: ¿Qué estará haciendo ahora Leontina? ¡Pobre mamá! Estoy

segura que no deja de pensar en mí y que tiene las lágrimas en los ojos cuando entra en mi gabinete desocupado. ¡Y yo? ¡Ah! Lo confieso; soy feliz, tan feliz que no pienso más que en lo presente, en René, que es para mí lo presente y lo venidero también. ¡Qué amable es y qué bueno! ¡Cómo sabe adivinar todos mis deseos!... Sin ir mas lejos, ayer en el instante en que me ocurrió la idea de dar un paseo con él, ya nos estaba aguardando por su disposición una linda caleza. ¡No es esto encantador? ¡Y qué paseo tan delicioso!

Salimos con alegría; René decía mil locuras para hacerme reír; después poco a poco, á medida que las sombras de la noche se iban extendiendo en la campiña, nos pusimos reflexivos sin estar tristes.

Estaba pensando cuán dulce era amarse y pasar la vida uno al lado del otro. René no hablaba; tenía mi mano entre las suyas. La luna asomaba en el horizonte, y las aguas de un pequeño lago, cuyo nombre ignoro, mecían su imagen; no se sentía el mas ligero ruido, ni el menor soplo agitaba el ramaje de los arbustos que encontrábamos al pasar; en las altas cumbres de los Alpes brillaban las estrellas...

«¡Qué hermoso es esto!» exclamé.—«¡No tanto como nuestro amor!» contestó René. Nada añadí yo; pero nunca olvidaré aquellas palabras ni aquel momento.

«¡Oh! sí; ¡los sentimientos del corazón son más bellos y más grandes que las obras más bellas y más grandes de la creación!»

«Lucerna.

«Ayer mismo otro paseo delicioso por el lago. Nuestra barquilla se deslizaba por el agua; un ligero tendal de ropa nos resguardaba de los ardientes rayos del sol, y el aire que henchía la vela nos traía la frescura de los montes vecinos. Habíamos conversado largo rato, cosa que luego me pareció excusado, pues el uno leía en el corazón del otro. Poco a poco reinó el silencio, y René me dijo al fin:

—«¿Quieres leer un poco? Aquí tengo un libro que acaba de salir á luz...

«Puso entre mis manos una obra titulada *Valentina*, cuyo autor es *Jorge Sand*. René cogió el tomo segundo y yo el primero. Leí los primeros capítulos algo distraída, pero muy pronto se excitó en mí un vivo interés: empecé á devorar aquellas elocuentes páginas que hablaban tan bien de un sentimiento que yo misma experimentaba, y no cesé de leer hasta concluir el tomo que me dió René.

«Nunca he visto cosa semejante. He leído el *Telémaco*, el *Genio del Cristianismo*, *Tristan el viajero* y algunas novelas de *Walter Scott*; pero ninguno de estos libros retrata tan al vivo los sentimientos del corazón, sus inquietudes, sus goce y sus tormentas. Es todo lo que se llama una novela; ¡y nos meten tanto miedo con las novelas! Mamá nunca las lee; está demasiado ocupada para entregarse á lecturas de esta clase; pero yo que ni tengo todavía hijos, ni una gran casa que gobernar, ¿no puedo leer de vez en cuando algunas de estas páginas encantadoras? ¡Qué daño podrán hacerme? Las novelas hablan de un solo afecto, pero este afecto lo siento yo para con mi marido, lo siento de una manera legítima y santa; y si las novelas, sacándome de la vida comun, me enseñan á amar mejor, ¿dónde está el mal? Por otra parte René es quien me ha aconsejado su lectura; como sabe mas que yo, debe ser mi guía en todas las cosas...

«Esta noche he cometido una falta por cierto involuntaria; sin embargo ha dado ocasion á mi esposo para chancearse de mí en vista del apuro en que me hallé.

Estábamos comiendo en la mesa redonda de la fonda, y René acababa de servirme una pechuga de perdiz, cuando entró un viajero diciendo en alta voz:

—«Quisiera comer de vigilia.

—«Caballero, contestó el mozo, no tenemos plato alguno de vigilia.

—«No importa: trae una ración de pescado y un par de huevos pasados por agua.

—«¡Dios mío! dije á René retirando mi plato, ¿es hoy día de vigilia?

—«Aun que lo fuese, ¿por ventura no hay que comer los días de vigilia?

—«En estos días no se puede comer carne amigo mío...

—«¡Bah! ¡bah! Dejate de niñerías,

—«Pero, ¿y los mandamientos de la Santa Iglesia?

—«Ahora si que me haces gracia, Leontina; estás hablando como cuando aprendías el Catecismo... ¡qué bueno! Tu no tienes diez y ocho años, no tienes mas que diez... Vamoss, niña, ¿quieres que te compre un muñequito?

«Apurada estaba con estas chanzas; felizmente para mí no tenía ya apetito, y no comí mas que postres. René, que tiene mucho tacto, no insistió, pero al levantarnos de la mesa me dijo:

—«Espero que cuando estemos en casa te pondrás por encima de estas preocupaciones de la infancia, querida Leontina. Si he de decirte la verdad, te confieso que encuentro en el Catoli-

cismo cosas admirables y aún mucha poesía; pero mi estómago se aviene mal con eso de no comer carne en ciertos días del año.

«Todas estas cosas me dijo riendo; también reí yo; pero ya le inspiraré otras ideas. Pues qué no me llama su reina?... Luego tendrá que obedecerme.

.....

«Pero no, no me ha obedecido; verdad es que se trataba de otra cosa. Tenía yo, no sé por qué, un vivo deseo de ir á visitar el sepulcro del beato Nicolás de Flue: mi profesora de alemán, la señorita Ida, me hablaba con frecuencia del pintoresco lugar de Stanz de donde era natural, y de su santo compatriota el ermitaño Nicolás, el cual, después de haber peleado como valiente soldado en la guerra de Zurich, se había retirado con el consentimiento de su esposa á una ermita situada en el corazón de las montañas. Dicen que vivió mucho tiempo sin tomar alimento, no habiendo salido de su retiro más que una vez, y fué para reconciliar á los cantones que estaban divididos entre sí. La vida de este siervo de Dios está llena de poesía como la de los antiguos solitarios, y yo me veía la hora de visitar su sepultura tan venerado de los suizos. Así es que propuse á René esta alegre expedición; mas él se encogió de hombros y dijo:

—«¡Vaya un capricho! ¡Ir á ver un esqueleto, y esto para divertirse!

—«Pero no es para divertirse; es para ver cosas de interés... La señorita Ida me tiene dicho que los descendientes del bienaventurado Nicolás habían depositado en su tumba todas las insignias y condecoraciones que había ganado en la guerra.

—«¿Y qué? Aun cuando hubiese dentro el sepulcro el Teison de oro y la orden del Elefante, ¿valdría la pena de molestarse? ¡No seas niña, Leontina!

—«¡Bueno, pues! No vayamos, amigo, ya que no es de tu gusto.

—«No, no; tengo proyectada otra expedición; pero esta será magnífica.

«En efecto, hemos visto la bella cascada de Kussnatht; pero durante el camino no podía quitarme de la cabeza el sepulcro del beato Nicolás. Me parece que esta visita nos hubiera sido muy provechosa... ¡Me hubiera gustado tanto orar en aquel sitio por René...!»

«Ginebra.

«Mañana salimos para Francia; de paso veré-

mos la ciudad de Lyon y algunas poblaciones de la Borgoña; dentro ocho días estaremos en París, en nuestra casa. ¡Qué dicha! ¡Qué bien estaremos allí, como si dijéramos en nuestro reino, siempre juntos, siempre amándonos, estoy segura, cada día más!...»

(Continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Alentisque. Señora doña I. P. de R., hecha la traslación, y recibidos los 6 rs.

Benajanca. Señor don V. P., recibí las 6 pesetas.

Boñer. Señora doña M. M., recibidos los 18 rs. y remitidos los números que pide.

Burceat. Señora doña H. la R., en nuestro poder los 6 rs., y los 12 anteriores.

Huescar. Señor don E. G., muy señor nuestro, ya sabrá el motivo del retraso del periódico, tiene abonado hasta fin de diciembre del 79.

Villa de campos. Señor don N. L. recibí los 24 rs.,

Madrid. Señor don L. D., recibidas las 10 pesetas que envía.

Gallegos. Señora doña F. de A., hasta fin del 79 debe V. 16 rs., y si desea abonar el año corriente son 24 mas.

La Parra. Señora doña C. de R., anotados los 28 rs.

Cádiz. Señora doña T. de B., doy á V. las gracias por su interés.

Torbizcon. Señora doña M. C., remitimos los números que desea.

Belarcasar. Señora doña P. S., anotadas las 4 pesetas, son las cuales queda pagado hasta fin de febrero de 80.

Estepa. Señora doña A. L., recibidos los 48 rs. gracias por su bondad.

Torre la Vega. Señora doña E. Q., hecha la traslación de residencia, tiene V. abonados 80 rs. para el año 80.

(Continuará.)

Granana:—Imprenta de «La Madre de Familia.»